

Como si hubiera nacido
Berberisco ó salteador.
Porque de asunto tan grave
No caiga sobre él la lengua,
No hay mas que arrancar la lengua
A quien el secreto sabe.
Ahora bien; pues lo sabemos,
El argumento es bien llano.
Peralta, tarde ó temprano
Por saberle moriremos.
(Abre la puerta donde están Don Juan y
Nogueras.)

ESCENA ULTIMA.

MARGARITA, DON PEDRO, DON JUAN,
NOGUERAS.

Marg. Podeis salir, rey Don Juan.

Ped. ¡El rey...! ¿con que no mentian?

Marg., á Don Juan. Por el príncipe ve-
nian;

Le encontraron y se van.

De vos á él le protegimos

Y de los suyos á vos;

No podeis, señor, por Dios

Decir que traidores fuimos.

Juan. Peralta, yo bien sabia
Que hice en vos un buen amigo.

Ped. No habéis, rey Don Juan, conmigo.

Porque yo no os conocia.

El que oculto estuvo allí

Era el príncipe de Viana;

Si vos lo contais mañana,

A él lo debeis, y no á mí.

Y no temais que en la historia

Por nuestra audaz villanía

Quede, señor, algun día

De esta noche una memoria.

Que vos mismo habeis venido

Tras del hijo que engendrásteis,

Es un secreto que echásteis

Con nosotros al olvido.

Juan. Ingrato no me hallareis.

Ped. Dejadlo estar como está

Y partid cuando gustéis,

Que nada temer podeis

De los catalanes ya.

Mas me habeis hecho el ultraje

De creerme desleal,

Y ya me sentara mal

El rendiros homenaje.

Rey Don Juan, esa es mi espada.

(Se la descíñe y la pone en el suelo
sus piés.)

Para no haceros traicion,

No la llevo á precaucion

Ni desnuda ni envainada.

EL ZAPATERO Y EL REY

(PRIMERA PARTE),

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

Por odio y contrario afán
Calumniado torpemente,
Fué soldado mas valiente
Que prudente capitán.
Osado y antojadizo
Mató, atropelló cruel;
Mas por Dios que no fué él,
Fué su tiempo quien lo hizo.

A MI BUEN AMIGO DON JOSÉ GARCIA LUNA.

Me aconsejaste que presentara en escena al rey Don Pedro, y escribí este drama para tí. Reconocido quedo á todos los actores que han tomado parte en su representacion; pero seria necia vanidad negarte las dos partes de gloria que te corresponden.

El rey Don Pedro te daría las gracias; y el público que te ha colmado de aplausos, te ha dicho mejor que pueden hacerlo mis palabras, que *has aconsejado bien y has ejecutado mejor.*

Tu buen amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 14 de marzo de 1840.

ACTO PRIMERO.

PERSONAS.

DON PEDRO.

DON JUAN.

DIEGO PEREZ, zapatero.

BLAS, } sus hijos.

TERESA, }

UN HOMBRE DEL PUEBLO.

La escena es en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

Interior de la casa de Diego Perez : ajuar del oficio
Es de noche.

BLAS, TERESA.

Ter. Sí, sí, cierra la ventana,

Que hace una noche...

Blas. Muy buena
Para empezar una ronda.

Ter. ¡Vaya, y diluvia!

Blas.

Por fuerza

Bebe los vientos por tí

Si hoy es constante.

Ter.

¡Qué pelma!

Blas. Vive Dios que es un mancebo

Que vale un mundo, Teresa;

Ni valientes le intimidan,

Ni temporales le arredran;

Con su espadon en el cinto

Y su malla sempiterna,

No hay quien le tosa en Sevilla

Si como ronda pelea.

Ter. Siempre te me estás burlando.

Blas. ¿Yo burlarme? no lo creas,

Si la verdad no te digo

En la vida hablé de veras.

¿Crees tú que entrar le dejara

En casa, si no creyera

Que es un soldado y valiente?

Ter., sobresaltada. ¡Dios mio!

Blas.

¿Qué fué, Teresa?

Ter. Seria aprension.

Blas.

Seria.

Ter. Creí que abrian la puerta.

Blas. Lo que tú tienes es miedo.
Ter. Ojalá no le tuviera;
 Aunque en tal caso, mi Blas,
 Gran ventaja no me llevas.
Blas. ¿Cómo?
Ter. Anteanoche temblabas.
Blas. ¿Cuándo?
Ter. ¿Cuándo? ¿no te acuerdas?
Blas. No á fé.
Ter. Cuando aquella mano
 Que asiéndola por las rejas
 Cerró á golpe la ventana.
Blas. Algun hidalgo tronera
 Que á su casa volvería
 Con tres ó cuatro botellas.
Ter. ¿Y aquellas voces que oímos?
 Di, ¿y el són de las cadenas?
Blas. ¡No lo mientes!
Ter. ¡Virgen santa,
 Qué noche tan cruel fué aquella!
 Rodaba todo el infierno
 Por el átrio de la iglesia.
Blas. ¿Lo viste tú?
Ter. ¿Yo? En la cama
 Me dí mil veces por muerta,
 Y no me atreví de miedo
 Ni á rebullirme siquiera;
 Pero Juanito me dijo
 Que él asomó la cabeza
 Por la rejilla, mucho antes
 Que á cerrárnosla vinieran,
 Y vió...
Blas. ¿Qué vió?
Ter. Seis fantasmas,
 Cuatro blancas y dos negras.
Blas. Hablemos si te parece
 Con formalidad, Teresa.
Ter. Pero no dejes la obra
 Por hablar.
Blas. Enhorabuena:
 Sigo con ella, y escucha.
 Aunque yo en verdad no tenga
 Miedo á los muertos, sea dicho
 Con la debida cautela,
 Por no tenerlos vecinos
 He echado á solas mis cuentas.
Ter. Y á fé que la vecindad
 No es muy grata.
Blas. Estáme atenta.
 Puesto que van ya tres noches
 Que esos muertos se rebelan,
 Y con sus danzas nocturnas
 Dormir en paz no nos dejan,
 Pienso ir, si padre consiente,
 A otro barrio con la tienda.
 ¿No te parece? Y mañana...
Ter. ¿Mañana? ¡Soberbia idea!
Blas. Cuanto mas pronto mejor.

Ter. Si, sí, porque el miedo arrecia.
 Yo, la verdad, ni una noche
 Duermo un minuto serena.
Blas. Pues yo sueño con los diablos
 Y los duendes todas ellas.
Ter. ¡Hola! ¿con que al cabo, Blas,
 Que tienes miedo confiesas?
Blas. Negar que los muertos me hacen
 Mucha pavora, Teresa,
 Fuera, á hablar como hombre honrado,
 En mí la aprension mas necia.
 Sabes que en toda mi vida
 Temí paliza, pendencia,
 Ni motín, que en todo lance
 Presto anduve á la defensa
 De mi padre ó mis hermanos,
 De un vecino... de cualquiera.
 Sabes que estuve empeñado
 No há mucho en ir á la guerra,
 Y que á dejarme mi padre,
 Ya estaria en la frontera.
 Mas los muertos me intimidan,
 ¿A qué andarse por las yerbas?
 Si veo venir de frente
 Una pica, una ballesta,
 Derecho me voy al bulto
 Por ir aunque mas no sea;
 Pero en hablando de muertos
 Estoy con la pataleta.
 Me columpio que parece
 Que es de plomo la cabeza,
 Los piés y manos de corcho,
 Y el corazon de manteca.
Ter. Pues manos á la mudanza.
Blas. No, como á padre convenga,
 A otra parte con la música.
Ter. Blas, que llaman á la puerta.
Blas. Abre tú.
Ter. Miren qué gracia.
 Abre tú que estás mas cerca.
Blas. ¡Vaya! ¡Pues aun tendrá miedo!
 ¿Quién?
Diego, dentro. Yo.
Blas y Ter. Buenas noches.
Diego. Buenas
 Os las dé Dios, hijos míos.
 (A Blas, que se asoma á la puerta con curiosidad.)
 Vaya, Blas, que llueve, cierra.

ESCENA II.

DIEGO, BLAS, TERESA.

Ter. ¿Queréis lumbre?
Diego. Sí por cierto;
 Que hace una noche tremenda.

Blas. Sentaos.
Diego. Toma el sombrero.
 Llévate la capa y tiéndela.
Blas. Chorreando está.
 (Vase Blas y vuelve.)
Ter. ¿Qué teneis,
 Padre? Traeis descompuesta,
 Desencajada la cara.
Diego. Es el frio.
Ter. No, por fuerza
 Os ha sucedido...
Blas. ¿Cómo?
 ¿Qué es eso?
Diego. Vaya, que apenas
 Llego, siempre os empeñais
 En que azares me sucedan.
 No tengo nada.
Blas. Es que importa
 Que jamás os acontezca
 Mal, mientras que tengais hijos
 Que os venguen.
Diego. ¿Eh?
Blas. Que os defiendan.
Diego. La venganza es, hijo mio,
 De maldición una piedra,
 Que tarde ó temprano vuelve
 Contra el mismo que la suelta.
Blas. Ya lo sé, padre, que he oido
 Mil veces eso en la iglesia.
Diego. Pues es preciso que siempre
 En la memoria lo tengas.
 Pero vamos á otra cosa:
 ¿Vino?
Blas. Nadie.
Diego. En hora buena;
 ¿Con que habeis estado solos?
Blas. Sí, señor.
Ter. Si no se cuenta
 El miedo de cada cual.
Diego. ¿Y de qué ese miedo era?
 ¿Ambos callais?
Ter. Dilo, Blas.
Blas. Padre, hablando con franqueza,
 Los muertos...
Diego. Bueno, dejadlo.
Blas. Es que estamos siempre...
Diego. ¡Vuelta!
Blas. Y hemos tratado los dos
 De que mudemos la tienda.
Diego. No hay que pensar mas en ello,
 Los muertos son gente buena,
 Y no se meten con nadie.
Ter. Pero...
Diego. Silencio, Teresa;
 No son los muertos á fé
 Los que ahora á mí me amedrentan;
 Y de una vez para siempre
 Que comprendais me interesa,

Que los muertos no hacen daño,
 Y que hablar de ellos molesta.
Blas. Pero, padre, ¿y esas voces
 Que de noche nos atruenan?
Diego. Cerrad las ventanas bien,
 Y dormid á pierna suelta;
 Las voces solo son ruido,
 Y el ruido no rompe piernas.
Blas. ¿Y no era mas fácil...?
Diego. No.
Blas. Vuestro mal humor os ciega:
 Padre, ¿qué tiene de extraño
 Que por ser la calle estrecha,
 Porque se pierde ó se gana,
 O sea por lo que sea,
 Mude un vecino algun día
 A otro barrio casa ó tienda?
Diego. Blas, yo tengo mis razones,
 Y permanecer es fuerza
 En esta casa, aunque mucho
 De ello en el alma me pesa.
Blas. (¡Qué diablos! ¡quiere y no quiere!
 ¿A que tambien da en la tema
 De callar que tiene miedo?)
 Pero...
Diego. Basta de querella:
 No hay que alzar ya mas pelillos
 A conversacion tan necia;
 Y el que de noche curioso
 Me abra á deshora una reja,
 Que se eche á él solo la culpa
 Del mal que á todos nos venga.
Ter. ¿Llamaron?
Blas. ¿Abro?
Diego. ¿Pues no?
 Que entre en mi casa quien quiera.

ESCENA III.

DICHOS, DON JUAN DE COLMENARES.

Juan. Dios sea loado.
Diego. ¿Don Juan!
 ¿Con una noche tan cruda
 Vos en mi casa?
Juan. Sin duda,
 Siempre os quise con afán.
Diego. Cuatro años hace, señor,
 Que en ella no os hemos visto.
Juan. De venir es, ¡vive Cristo!
 Esa la razon mejor.
 Cuanto mas corren los años
 Mas los amigos se prueban,
 Y amistades se renuevan
 En males y desengaños.
Diego. Hablais, Don Juan, de amistades
 Con tono tan singular,

Diego. ¿Vuelves ya á lo comenzado?
 Con tan prolijo cuidado
 Acosado me teneis.
 Mas ahora que hago memoria,
 Si ese soldado viniera
 De otras noches, me pluguiera
Ter. ¿Os fuera útil?
Diego. Sí que fuera.
Blas. ¡Es hombre de grande historia!
 Me gusta por lo valiente,
 Y de honrado tiene facha:
 (A Teresa.) ¿No es así?
Ter. Padre consiente
 En que venga...
Blas. Y es corriente,
 Que quiera padre no es tacha.
Diego. No le agradezco infinito
 Sus visitas en verdad;
 Mas hoy que le necesito...
Blas. ¡Voto á san Diego bendito...
Diego. Blas, no jures.
Blas. Perdonad;
 Pero mal lobo me coma
 Si no vuelvo como un galgo
 Con él.
Ter. ¿Llaman?
Blas. Luego asoma
 En nombrando al ruin de Roma.
Diego. Si fuera él...
Blas. Apostara algo.

ESCENA VI.

DICHOS; DON PEDRO, EN TRAGE
 DE SOLDADO.

Blas. Señor soldado, guárdeos Dios.
Ped. Él le socorra, mancebo.
 Alegre está, ¿qué hay de nuevo?
Blas. Nada, pues llegásteis vos.
Ped. ¿Me esperaban?
Blas. Impacientes.
Ped. ¿Qué es ello, pues, linda niña?
 ¿Se la ocurre alguna riña?
 ¿Qué me mandais?
Diego. Que te sientes.
Ped. Buen viejo, disimulad;
 No os saludé en derechura,
 Porque al ver tanta hermosura
 Me siento ciego.
Diego. En verdad
 Que sois un hombre bizarro,
 Y siempre con buen humor.
*Don Pedro mete sin ceremonia ambos pies
 por medio de todos.)*
Ped. Dejadme echar al calor
 Esta humedad y este barro.

Blas. (Si no viera en una pieza
 Su amor y su edad marcial,
 Teresa, tomaba á mal
 Su desenfado y franqueza.)
Ped. ¿Qué murmura el perillan?
Blas. Que traeis hoy una espada
 Con mucho primor dorada.
Ped. En el cuartel me la dan:
 Y como me sirva bien,
 Jamás las señas la tomo;
 Que al pulsarla por el pomo
 Se cura siempre á cercen.
 Pero al caso, señor Diego:
 Dispuesto estoy á escucharos;
 Hablemos de prisa y claros,
 Que he de partirme muy luego.
Diego. ¿Entrais en palacio vos?
Ped. ¿Porqué me lo preguntais?
Diego. Porque si hasta el rey llegais
 Quiero hablarle.
Ped. Si por Dios;
 Y si quereis que le diga...
Diego. A solas le quiero hablar.
Ped. Para tan alto picar
 Muy grave causa os obliga.
Diego. No á mí.
Ped. ¿Pues á quién?
Diego. A él.
 (Don Pedro frunciendo el ceño se arrellana
 en la silla diciendo con altivez:)
Ped. Diga, pues, lo que se ofrece.
Diego. Al rey su merced parece.
Ped. ¿La cara tengo tan cruel
 Que con el rey me compara?
Diego. Hable de él con mas respeto,
 Que yo jamás me entrometo
 A mirar al rey la cara.
 ¿Y en fin, lo podeis hacer?
Ped. Cuando querais.
Diego. Pues mañana.
Ped. ¿A qué hora?
Diego. La mas temprana
Ped. Pues bueno, al amanecer.
Diego. ¿Os burlais?
Ped. No por mi vida,
 Porque mañana temprano
 Ha dispuesto el soberano
 Dar al monte una batida;
 Con que si verle quereis
 Que madrugueis es preciso.
Diego. No echaré al agua al aviso.
Ped. Mucho de él os prometeis.
Diego. Eso es ya negocio mio,
 Señor soldado.
Ped. Bien está;
 A mí tanto se me da;
 Con que en ello no porfio.
Diego. Pues á otra cosa; y decid,

¿Qué se habla por la ciudad?
Ped. Estoy de eso á la verdad
 Tan al cabo como el Cid.
Diego. ¿No os importan las noticia
 De vuestra patria y del rey?
Ped. ¿A mí?... que haya buena ley
 Y se hagan muchas justicias.
 Lo demas nada me importa;
 Y cuando columbro guerra,
 (Señalando la espada.)
 Doy un repaso á esta sierra,
 Y estoy listo en cuanto corta.
 (Llaman en la puerta con brio.)
Ter. ¡Ay!
Ped. Llaman.
Diego. Abre. (Lo hace Blas.)

ESCENA VII.

DICHOS, UN HOMBRE DEL PUEBLO.

Blas. ¿Qué quiere?
Hombre. ¿Diego Perez?
Blas. Aquí es.
Hombre. Que vaya corriendo, pues,
 Que su pariente se muere.
Diego. ¿Mi pariente? ¿y qué pariente?
Hombre. Gil Perez el estatuario,
 Que está con un mercenario
 Muriendo devotamente.
Diego. ¡Gil Perez!... ¡Oh! perdonad,
 Señor soldado, que entiendo
 Que ese que se está muriendo
 Connigo en su mocedad
 Siguió las armas reales.
Ped. Id, que soy muy vuestro amigo
 Y estais cumplido connigo;
 Id á remediar sus males.
 Y si urgen por mala estrella
 Medicinas ó dinero,
 Tengo una bolsa de cuero;
 Mandad por lo que hay en ella.
Diego. Gracias, y á Dios.
Blas y Ter. ¿Volvereis?
Diego. En cuanto el mal lo permita.
 (Sale Diego con el hombre; Blas y Teresa
 se asoman á la puerta.)
Blas. Corre que se precipita.
Ped. Mozos, buen padre teneis.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, TERESA; BLAS, COSIENDO
 ZAPATOS.

Ped. Decidme, esquivá hermosura,
 ¿Me quereis como yo á vos?
Ter. Brava pregunta por Dios.

Ped. Brava os quiero, altiva y dura;
 ¿Pero la frase la estraña?
 Daréla satisfaccion:
 Es que está mi corazón
 Por sus ojos en campaña.
 Y soldado mas valiente
 Que prudente capitán,
 Planto el sitio y allá van
 Mis ballestas de repente.
 Si el enemigo responde,
 A él voy, y sin hacer alto
 Entro el lugar por asalto
 Sin mirar nunca por dónde.
 ¿Se me entiende?
Ter. Como está
 Tan oculta la emboscada,
 No es fácil...
Ped. Vuestra avanzada
 Dió con ella.
Blas. ¡Voto vá!
 Paréceme que á barato
 Lo echais, y se me barrunta...
Ped. ¿Quién al rapaz le pregunta?
 Calle y cosa su zapato.
Blas. (Siempre adelante me lleva;
 Por mas que me tengo serio,
 Arranca con tal imperio
 Que el diablo que se le atreva.)
Ter. Bien, hablemos de otra cosa:
 Dicen que el rey de Castilla...
Ped. ¿Está ahora con la Padilla
 En conferencia amorosa?
Ter. ¿Qué me importa? es de la guerra
 De Aragon por que pregunto.
Ped. Contadme allá por difunto.
Ter. ¿Os partis para esa tierra?
Ped. El rey sus tercios envía
 Para allá, y segun entiendo
 Yo salgo con el primero;
 Con que al caso, prenda mia:
 Si no me dais antes de ir
 De vuestro amor una prueba,
 Dad por llegada la nueva
 De que estoy para morir.
Ter. Mucho en el alma lo siento,
 Que al cabo os queria bien.
Ped. (Bello está en ella el desden,
 Pero mas el sentimiento.)
 ¿Con que me quereis, Teresa?
Ter. Ya lo dije; mas si os vais
 Pésame que lo sepais.
Ped. ¿Que os pesa decís?
Ter. Me pesa:
 Porque es vuestra condicion
 Olvidar lo que ha pasado
 En lugar que habeis dejado;
 Con que ved si en Aragon
 Olvidareis á Castilla.

Ped., con brio. ¿Olvidar y haberla visto?
Y vale mas ¡voto á Cristo!
Que la Aldonza y la Padilla.
Ter. ¿Qué decís? que... ¿á quién nom-
Ped. Padilla y la Coronel, [brais?
Damas del rey.
Ter. ¿Y con él
Y aquellas nos comparais?
Ped. Sí, pues siendo ante la ley
Él el primero y mejor,
La mas hermosa el amor
Debe cautivar del rey.
Blas. Ved que estais aquí conmigo,
Y ved que su hermano soy.
Ped. ¡Qué lenguaraz estás troy!
Blas. Es que soy...
Ped. Calle, le digo.
Blas. (Los ojos me hace bajar
se me traba la lengua.)
Ter. No le riñais, que es gran mengua
Hacerle esto tolerar;
Y partid, que es ya muy tarde
Y no está mi padre aquí.
Ped. ¿Con vos no me dejó á mí?
¿Qué importa que yo le aguarde?
(*Tocan á las ánimas, y al són de las cam-
panas Blas y Teresa hacen un movi-
miento de temor.*)
Ped. ¿Qué es eso?
Ter. ¿No oís tocar?
Blas. Las nueve deben de ser.
Ped. ¿Y qué tiene eso que ver
Para ponerse á temblar?
Blas. ¿Qué, no sabeis lo que pasa?
Mas no me mirais así,
Que poneis un ceño...
Ped. Di
Qué es lo que hay.
Blas. En esta casa
Es imposible vivir:
La mejor noche nos comen.
Ped. ¿Quién?
Blas. Temiendo estoy que asomen,
Que á esta hora suelen venir.
Ped. ¡Qué tropel de desaciertos!
¿Locos á esta hora os volveis?
Blas. ¿Los oís?
(*Don Pedro da un paso hácia la ventana;
Blas le detiene.*)
No os asomeis.
Ped. ¿Pero quién son?
Blas. Unos muertos.
Ped. ¡Muertos!... ¡Bah! ¡bah! pues ya
estoy;
¿Con que todo eso era miedo?
¿Y se ven?
(*Segundo paso de Don Pedro y detencion
de Blas.*)

Blas. Estaos quedo
Si morir no quereis hoy.
Ped. Y en efecto, se oye ruido
Y se ve luz por la calle.
Ter. Siento que padre no se halle
Ya esta noche recogido.
Blas. ¡Cielos, yo tiemblo por él!
Todos los días parecen
Hombres que á fuerza perecen
De esa iglesia en el cancel.
Ped. ¿Y la justicia lo sabe?
Blas. Sin duda saberlo debe.
Ped. ¿Y entonces?
Blas y Ter. Nadie se atreve.
Ped. (Gran misterio en ello cabe;
Prosigamos, y si encuentro
El hilo á este laberinto,
Fuego pondré á su recinto
Hasta dar con lo que hay dentro.)
Decid, ¿y habeis visto alguno
De esos cuerpos que perecen
Por la noche, y aparecen
Por la mañana?
Blas. Ayer uno.
Ped. ¿Tenia herida?
Blas. En el pecho.
Ped. ¿Y mostraba la señal
Ser de espada ó de puñal?
Blas. Que con ambas lo habian hecho
Dijeron los cirujanos.
Ped. ¿Luego eran contra uno dos?
¡Animas eran por Dios
De vivientes bien villanos!
(*Ruido dentro.*)
Blas. ¿Oís?
Ped. Mándrias, no tembleis,
Que quien lo remedie habrá.
Blas. ¿Quién con los muertos podrá?
Ped. Los vivos.
Ter. ¡Cómo!
Ped. ¿No veis
Que en un nicho los encierran?
Blas y Ter. Claro está.
Ped. Pues de contado
Pueden mas que el enterrado
Los vivos que allí le entierran.
Blas y Ter. Tiene razon.
Diego, dentro. Muerto soy.
Blas. ¡Santo Dios! ¿habeis oido?
(*Un momento de atencion.*)
Diego, dentro. ¡Blas! ¡Teresa!
Ter. ¡Padre ha sido!
(*Blas corre á la puerta, y al tiempo de
abrir se ve á Diego tendido en tierra.*)
Diego. ¡Ay de mí!
Ped. ¿Soñando estoy?

ESCENA IX.

DON PEDRO, DIEGO, BLAS, TERESA.

Blas. ¡Sangre! ¿quién fué, padre mio?
Diego. Tente, Blas, no salgas, no,
Que murieras como yo,
Y en tí mi esperanza fio.
Blas. Voy á buscar...
Diego. Escusado;
¡Fué mi destino fatal!
Arrimadme ese sitial,
Y acercaos, buen soldado.
Ped. Decid si sabeis quién fué,
Que ha de acordarse de vos.
Diego. Dejadme acabar por Dios:
Id á ver al rey...
Ped. ¿Y qué?
Diego. Y decidle que esos muertos...
Ped. Acabad.
Diego. No puedo mas.
(*Inclina la cabeza y muere. — Pausa.*)
Ped. ¡Voto á Dios y á Barrabás!
Entre sus labios abiertos
Él mismo el secreto ahogó.
Blas. ¡Padre!
Ter. ¡Señor!
Ped. Esto es hecho;
Vamos á echarle en su lecho,
Que ayudaros puedo yo.
(*Llévante y vuelve Don Pedro.*)

ESCENA X.

DON PEDRO.

¿En ver al rey tanto afan
Y á puñaladas morir?
De lo que le iba á decir
Claros barruntos me dan.
Con él los muertos mantienen
Misteriosa relacion...
Con el rey por precision
Tambien relaciones tienen.
¡Incomprensible cadena,
Yo seguiré uno por uno
Tus eslabones, y alguno
Se deshará como arena!
(*Se pasea á pasos precipitados, y esclama
mirando á la ventanilla.*)
Muertos que del nicho salen
Y á los vivos asesinan,
Son, si á espacio se examinan,
Fantasmas que verse valen.

ESCENA XI.

DON PEDRO; BLAS SALE A LA PUERTA Y SE TIENE EN EL DINTEL, LA CABEZA INCLINADA SOBRE EL PECHO CON MUESTRAS DEL MAS PROFUNDO DOLOR.

Blas. ¡Amigo!
Ped. (¡Desventurado!)
¿Diego?
Blas. No le nombres ya:
¡Silencio! mi hermana está
Rezando aún á su lado.
Ped. Que lllore es mucha razon.
Blas. Sí, que rece una muger,
Pero algo mas ha de hacer
Un hombre en esta ocasion.
Ped. ¿Luego dijo...?
Blas. Nada ya,
Pero yo lo sé muy bien,
Que hay cosas que no las ven
Sino los ojos de un hijo.
(*Muy marcado.*)
Un hombre esta noche estuvo
Con mi padre hablando aquí,
Y yo con mi padre vi
Que muy descortés anduvo.
Ya de la puerta al dintel
Dijo: Encomiéndate al cielo...
A su tribunal apelo
Si quien le mata no es él.
(*Quedan ambos en silencio por un ins-
tante.*)
Ped. Esta noche irás conmigo
Y el rey te remediará.
Blas. ¿El rey? no voy; me ahorcará,
Que es del otro muy amigo.
Ped. ¿Y no hay justicia en Sevilla?
Blas. Dicen que con este rey
No hay mas razon ni mas ley
Que su capricho en Castilla.
Ped. Rapaz, la audacia perdono
Porque lastimado estás;
Pero no hables así mas
De quien se sienta en un trono;
Y escúchame un buen consejo,
Que lléveme Belcebú
Si no sé yo mas que tú
En la muerte de ese viejo.
¿Quieres con el hombre dar
Que á tu padre asesiné?
Blas. El alma daría yo
A quien me le haga encontrar.
Ped. Pues los secretos que encierran
Las tumbas, los saben bien
A estas horas...
Blas. Pronto, ¿quién?
Ped. Esos muertos que te aterran.

Blas. ¡Santo Dios!
Ped. Que no te atreves
 A esperarlos, bien se ve;
 Mas yo en tu lugar lo haré,
 Y piensa cuanto me debes.
 Yo hallaré el rastro á tu presa,
 Te daré á ese hombre, y si él es,
 Me has de ayudar tú despues
 A poner cabo á la empresa.
 ¿Dices que de esa ventana
 Se alcanza la iglesia á ver?

Blas. ¡Cielos! ¿qué intentais hacer?
Ped. Una caridad cristiana:
 Vete, mancebo, á rezar
 Por el que duerme allí echado,
 Vete; yo soy un soldado
 Y voy tambien á velar.
Blas. Mirad bien, que aunque parecen
 Ilusiones del temor
 Esos fantasmas, señor,
 Mayor crédito merecen.
 Mi padre me amenazó
 Que quien osara mirar
 Ni entender...

Ped. Vete á rezar,
 Blas, que te lo mando yo.
Blas. Valiente sois, buen soldado;
 Quédoos muy agradecido,
 Mas de hinojos os lo pido,
 Quede el postigo cerrado.
 ¡Oh, aunque me digais tenaz
 Que son visiones del miedo,
 Lo he visto y juraros puedo
 Que hay un muerto pertinaz
 Que en cerrárnosle se empeña!

Ped. Vete, que ha de estar abierto,
 Y como asome ese muerto
 Yo le daré santo y seña.
 (Don Pedro obliga á Blas á entrar en el
 cuarto donde entró su padre.)

ESCENA XII.

DON PEDRO.

Que lloren sus desventuras
 Los hijos de un zapatero
 Mientras busca un caballero
 Con valor sus aventuras.

(Entorna la ventana.

Dejo entornado el postigo
 Y mato la luz; así
 Veo y no me ven á mí
 De las sombras al abrigo.
 (Toma un taburete y se sienta enfrente de
 la ventana.)
 Quien son los muertos veré,

Y si á toparlos acierto,
 No me ha de quedar un muerto
 Que sepa tenerse en pié.

ACTO SEGUNDO.

Plazuela cuyo fondo representa la fachada principal
 de una iglesia abandonada: en el fondo el átrio
 cercado de verjas de hierro; á la derecha el es-
 terior de la casa de Diego, con la ventanilla que
 abrió Don Pedro en el acto anterior.

PERSONAS.

DON PEDRO.
 BLAS PEREZ.
 DON JUAN DE COLMENARES.
 SAMUEL LEVI.
 DON JUAN ROBLEDO.
 DOÑA ALDONZA CORONEL.
 DON ALBAR PEREZ DE GUZMAN.
 UN CONJURADO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN DE COLMENARES, SAMUEL
LEVI.

Juan. Preciso matarle fué.
Sam. ¿Con que al cabo?
Juan. Sí, murió,
 Que un día mas de su vida
 Fuera nuestra perdición.
 Duéleme mucho su muerte;
 Pero á jugar, vive Dios,
 Las nuestras contra la suya,
 Lo hecho tengo por mejor.
Sam. Sí, por el santo Abrahan;
 ¿Pero estais seguro vos
 De que nadie mas que el viejo
 Cayó en la cuenta?

Juan. Eso no;
 Hermanos fuimos de leche,
 Y era ese Diego un varon
 Justo, inflexible y severo,
 Que siempre pensó y obró
 Segun su recta conciencia;
 Y aunque tuviera ocasion
 Fuera del rey, á ninguno
 Parte de su intento dió.

Sam. Mas hijos tiene.
Juan. Samuel,
 Desechad todo temor,
 Los hijos como del vulgo
 Canalla cobarde son;
 Ni abrirán una ventana
 Hasta muy entrado el sol,
 Ni cerrarán una puerta

Sino antes de la oracion;
 Y á gente tal en contándola
 Cualquier patraña ó error,
 La teneis siete semanas
 Soñando con la vision.

Sam. En verdad, buen Colmenares,
 Que os acude harto valor
 Para arriesgaros á tanto.

Juan. Nunca, Samuel, me faltó
 Ni la audacia ni el consejo
 Cuando puestos en union
 Me tentaron el antojo
 Las grandezas y el amor.

Sam. Así corre vuestra fama
 Por Sevilla, y así sois
 El escándalo en el templo
 Y en las calles el terror.

Juan. Vaya que estais esta noche
 Filósofo; un hombre soy,
 Y como tal mis pecados
 Flaquezas humanas son.
 Solo hallo una diferencia
 Con los demas, y es que yo
 Aborrezco á los hipócritas
 Y obro con satisfacion
 Sin embozar mis flaquezas
 Con disimulo traidor.

Sam. Bien meditado. Don Juan,
 Tal vez no os falta razon:
 Pero es el vulgo envidioso,
 Injusto y murmurador.

Juan. ¿Qué diablos vais á decirme
 Con tan prollojo sermon?
 Que me place la hermosura,
 Que á los regalos me doy,
 Que mis inmensos caudales
 Derramo con profusion,
 Que tengo amigos, que tengo
 Mucho en la corte favor.
 ¿Y eso qué tiene de extraño?
 ¿No haceis otro tanto vos?

Sam. ¿Y os olvidais ya, Don Juan,
 Del bonete y del ropon?
Juan. ¿Y os olvidais que me dieron
 La prebenda como á vos
 Del rey la tesoreria?

Sam. ¿Cómo?
Juan. Vedlo en conclusion:
 Yo era soldado, la guerra
 Siendo rico me cansó,
 El rey me queria entonces,
 El cabildo enredador
 De Sevilla, harto indiscreto,
 No sé en qué le desairó.
 Don Pedro, para humillar
 Tan osada presuncion,
 Sin mirar á mas razones
 En el coro me sentó;

Con que soy un ave ambigua
 Que estoy en disposicion
 De volar y de correr
 Como me venga mejor.
 No recibí órden alguna;
 Y á mi antojo, ved que voy
 Llevando con igual brio
 Las espuelas y el ropon.
 Mas vamos á lo que importa:
 ¿El mensajero llegó?

Sam. Mañana llega.
Juan. ¿En secreto?
Sam. No, con mucha ostentacion,
 Que trae comitiva y viene
 Con nombre de embajador.

Juan. ¿Y es hombre de quien se fie?
Sam. A toda prueba.

Juan. ¿Por Dios
 Que el atrevimiento es mucho!
Sam. No es, Don Juan, mucho mayor
 Que señalar una iglesia
 Por punto de reunion.

Juan. De audaces es la fortuna.
 Ya veis lo bien que salió
 Para apartar los curiosos
 De los muertos la ficcion.

Sam. Aunque á bulto en poco estu
 Si con nosotros no dió
 El justicia Benavides
 Allí en el otro rincon.

Juan. ¡Oh, aquí seguros estamos
 Gracias á lo que costó!
 Dos veces hemos venido
 Y mirad en derredor,
 No hay una casa habitada,
 Y el zapatero murió.
 Pero el enviado, decidme,
 ¿Sabrá hacer...?

Sam. ¡Santa Sion!
 Médico, adivino, astrólogo,
 Y mi huésped, ved, señor,
 Si tendrá bien su lugar;
 De sus consejos en pos
 Enfermos, pobres y tontos
 Le irán á implorar favor.
 Entrarán cuantos quisiéremos,
 Y tomarán de su voz
 Nuestras órdenes, á guisa
 De remedio ó predicción.

Juan. ¡Soberbia idea, Samuel!
 ¿Y Aldonza?

Sam. En venir quedó,
 Y aguardará del alcázar
 Para salir la ocasion.
 Pero, Don Juan, vamos claros,
 ¿La amais de veras?

Juan. ¿Pues no!
 Es noble, astuta y hermosa.

